

Pedro Arrupe, testigo del siglo xx, profeta del XXI

por **Pedro Miguel Lamet, S.J.**

*Conferencia pronunciada
el 9 de octubre de 2007*

Forum Deusto

Pedro Arrupe, testigo del siglo xx, profeta del xxi

Pedro Miguel Lamet, S.J. *

Han pasado dieciocho años de la publicación de la primera edición de mi biografía de Pedro Arrupe¹ y veinticuatro de mi entrevista con él en Roma, cuando postrado por la trombosis, me recibió durante veinte días en unas jornadas de confidencias sobre su vida que jamás olvidaré y que considero una experiencia y un privilegio único en mi vida.

Como me parece también otro privilegio encontrarme aquí a los cien años de su nacimiento en esta bella ciudad de Bilbao y precisamente en esta casa, donde se encontraba la Congregación Mariana en la que Pedro vivió su primera relación con la Compañía de Jesús. Y digo que me alegro especialmente porque hablar y escribir de Arrupe ha sido durante muchos años, quizás por sus conflictos con el Vaticano, casi un tema tabú².

Hay una pequeña fotografía de su misa en el monte Fuji en la que se puede ver a un joven Arrupe recién llegado al Japón alzando la

* PEDRO MIGUEL LAMET, S.J., es poeta, escritor, y periodista, (Cádiz, 1941). Ingresó en la Compañía de Jesús en 1958, donde obtiene licenciaturas en Filosofía, Teología y Ciencias de la Información y diplomatura en Cinematografía. Posteriormente ejerce como profesor de Estética y Teoría del Cine en las Universidades de Valladolid, Deusto y Caracas, sin abandonar nunca la crítica literaria y cinematográfica. En los años 70, crítico y redactor de la revista *Cinestudio*, redactor-jefe de *Razón y Fe*, colabora en otras publicaciones. A partir de 1977 escribe como columnista del diario *Pueblo* de Madrid y en 1981 es nombrado director del semanario *Vida Nueva*. Ha trabajado en *Diario 16*, radios y semanarios, y es además actual director de la revista *A vivir*. Como escritor, ha cultivado la poesía, la novela, el ensayo, la biografía, la crítica literaria y cinematográfica. Como poeta ha sido incluido en la «generación poética del posconcilio» y en diversas antologías. Es autor de 37 libros.

¹ P. M. LAMET, *Arrupe, testigo del siglo xx, profeta del xxi*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1989-2007 (Nueva edición, en realidad 10.ª, ampliada, actualizada e ilustrada. Anteriormente publicada con los títulos *Arrupe, una explosión en la Iglesia* y *Arrupe, un profeta para el siglo xxi*).

² Sobre las peripecias y dificultades que encontró el citado libro hasta que vio la luz cfr. *Historia de un libro*, prólogo, P.M LAMET, *op. cit.* pp. 13 y ss.

eucaristía sobre esta mítica cima japonesa. Años después Pedro confesaba que no imaginaba entonces los sufrimientos que iba a padecer en el Japón y en toda su vida. «Era claro y alto, como el monte Fuji», me comentaba hace más de veinte años en Tokio desde su enigmática sonrisa japonesa uno de los ex novicios de Pedro Arrupe de los trágicos tiempos de Hiroshima. Evocar el Fujiyama o monte sagrado, que recorta su cima nevada en el horizonte nipón, es tanto como señalar el símbolo más sublime para un japonés.

Se da un gran paralelismo entre Arrupe y Francisco Javier. Como Javier, un gran amigo de Ignacio de Loyola, universitario, enamorado de Jesucristo y de su Compañía, abierto y optimista, emprendedor, misionero, Pedro poseía un corazón sin fronteras, llegaría a ser misionero universal, atento a los signos de los tiempos y profeta del futuro. Aunque creo que sería más acertado en realidad calificarlo, por sus dotes de liderazgo y creatividad carismática, como una mezcla de Ignacio y Javier.

Después de su muerte, ocurrida el 5 de febrero de 1991, curiosamente la fiesta de los mártires de Nagasaki a los que él erigió un monumento y santuario en dicha ciudad, tras casi diez años de postración a causa de la trombosis que le sobreviniera en 1981, en su desnudo cuarto de enfermería a dos pasos del Vaticano, su figura ha crecido aún más. Es obligado situarla entre las más destacadas de la historia contemporánea de la Iglesia y, sin duda, como la de un testigo cualificado del siglo xx y un auténtico profeta del xxi. Vamos a presentar entrelazadas ambas dimensiones al hilo de su peripecia vital.

La vida de Arrupe, que se extinguió suavemente como una pavesa en la curia de la Compañía de Jesús en Roma, fue un puente de creatividad y evangélica osadía entre Oriente y Occidente, entre la Iglesia del Concilio y el posconcilio. Este singular jesuita nació a la experiencia de una energía transformadora mientras deambulaba entre las cenizas y los cascotes de la fatídica primera bomba atómica, cuando convirtió su noviciado en repentizado hospital para cientos de fantasmas ambulantes, supervivientes que llevaban en sus rostros el horror de un infierno creado por el hombre.

Arrupe moría en silencio mientras el mundo contemplaba con ojos desorbitados el estallido y la insania de otra guerra, que afortunadamente no llegó a conflagración mundial, la Guerra del Golfo, pero que en cierto modo aún continúa en Irak, y puso de manifiesto una vez más el perverso uso del progreso, el desarrollo y la energía para matar. En un mundo de odio y destrucción la figura sonriente, optimista y

constructiva de este vasco universal contribuyó a poner los cimientos de la actual inquietud por la justicia la paz y la fraternidad.

Voy a entrelazar su vida y su pensamiento, porque en la mayoría de los casos, como el de Arrupe, el hombre no puede dissociarse de sus ideas, ya que él mismo es el mensaje.

Infancia y formación de un ciudadano del mundo

Pedro Arrupe, nacido en el Bilbao siderúrgico de 1907, hijo de un arquitecto fundador de *La Gaceta del Norte*, y alumno de Medicina en Madrid del profesor Negrín, que se enfadó de que su brillante alumno se hiciera jesuita, viviría todas las convulsiones de su tiempo. Desde el destierro de España, por la prohibición de la orden ignaciana, hasta el apocalipsis de Hiroshima, pasando por la cárcel en Japón cuando fue acusado de «espía» y la experiencia de la injusticia y la vanguardia de la inculturación. Algunas de estas vivencias o *kairoi* (momentos de gracia) jalonan toda su vida.

Una profunda impresión de experiencia de niño se le quedaría grabada para siempre: el día de la muerte de su padre, que repetía una vez más la vivencia de abandono que le asoló el alma, cuando a los diez años perdió a su madre. Por la ventana del cuarto entraba la vida desde las calles del Bilbao de 1900 en las que se preparaban las tribunas para la procesión del Sagrado Corazón. Con una vela en la mano, *Peru* (Pedrito, en euskera) había seguido a su corpulento padre en el desfile procesional todos los años. El golpe afectivo de estas carencias familiares fue sublimado por el muchacho, gracias a los consejos del padre Ángel Bastera, primer jesuita que conoció en su vida, transformándolo en amor apasionado a las figuras de Jesucristo y María.

Esta situación anímica cristaliza en su vocación sentida especialmente al interesarse por dos milagros, que investiga desde sus conocimientos de medicina en Lourdes, y en contacto con la injusticia en los suburbios de Madrid. Tal sensibilidad hacia la marginación será también una constante de su vida a partir de estas primeras experiencias juveniles.

La vocación a la Compañía de Jesús del excelente alumno del profesor Negrín —se enfadó el socialista de que su brillante pupilo se hiciera jesuita pues arrebató el premio extraordinario aquel año a su compañero y futuro Nobel de Medicina, Severo Ochoa— se encarnaba en un soporte humano completísimo: inteligente, optimista, sensible y sobrio al mismo tiempo, abierto y profundo. Grandes cualidades hu-

manas de un temperamento psicológicamente «apasionado»: emotivo, activo y secundario.

Ya de jesuita y, después de dejar en el noviciado de Loyola una imagen imborrable de sí mismo,³ en Oña (Burgos), mientras estudiaba filosofía tuvo una experiencia mística, según me confió ya enfermo en Roma: «Escuché una voz que me decía: Tú serás el primero; y sentí una luz interior por la que lo vi todo claro».⁴

Conciencia planetaria

Desterrado de España, con la expulsión de los jesuitas en la Segunda República, Pedro daría otro paso que preparaba ya al futuro general de la Compañía: dejaba sus raíces para pasar a ser un hombre universal. Su formación filosófica, teológica y en bioética en Marneffe, Valkengurg y Cleveland (EE.UU.) catapultó a este bilbaíno de origen burgués al universalismo sin fronteras de ciudadano del mundo que caracterizará toda su vida. Cuantos lo conocieron sabían que, sin renegar de sus raíces y amor a su tierra, era contrario al patriotismo o a privilegiar a los españoles, lo que le costó críticas en Japón y le movió a postergar sus visitas a España, una vez elegido Prepósito General.

«Me siento universal —decía—. Nuestro papel, de hecho consiste en trabajar para todos y por ello trato de tener un corazón lo más grande posible y de comprender a todos».⁵

«De tener un pasaporte me gustaría poseer uno de ciudadano del mundo», me confesó en una ocasión.

Tras su Tercera Probación (último año dedicado por los jesuitas a la espiritualidad después de los estudios) en Estados Unidos y su importante experiencia pastoral con el dolor humano en cárceles de máxima seguridad de aquel país, en 1938 realiza el sueño de su vida. «Lloré como un niño —me contaba— cuando desde la cubierta del barco que me conducía al Japón divisé el puerto de Yokohama».

³ Baste recordar que el Maestro de Novicios lo eligió para que le asistiera personalmente en el lecho de muerte. Su connovicio el padre Arbeo recuerda que lo sorprendió el Guetaria limpiando en secreto las letrinas: «No se lo digas a nadie» —le dijo.

⁴ Referido por el propio padre Arrupe al autor de este artículo.

⁵ Entrevista para la RAI, «Una hora con el padre Arrupe» (26-IX-1975), transcrita en *Hambre de pan y de evangelio*, p. 7.

Inculturación y libertad

Japón vivía por entonces la pobreza de un país que no había despertado aún a su famoso milagro económico. La *inculturación* —término que acuñó Arrupe para definir la asunción misionera de las culturas— en los caminos del Zen, su inmersión en la lengua japonesa para traducir a San Ignacio, San Francisco Javier y San Juan de la Cruz, son sólo algunos de los rasgos de aquel misionero, que lo mismo organizaba un concierto que una exposición, clases de gimnasia sueca o una exótica procesión occidental por las calles de Yamaguchi, donde Javier pasó el mayor tiempo de su aventura apostólica.

Fue en esta ciudad, de la que fuera párroco, donde vivió el tercer gran momento místico de su vida. Acusado de «espía internacional», juzgado y absuelto, sus 33 días de cárcel entre cuatro paredes desnudas, sin un mueble, e interminables interrogatorios, le identificaron con el Cristo conducido a los tribunales. «Fue precioso, el mes más instructivo de mi vida», repetía con los ojos llenos de lágrimas, recordando aquella Nochebuena vacía en que, en medio de la oscuridad, escuchó un lejano villancico en japonés. Eran sus cristianos que le cantaban suavemente desde la calle para mostrarle su solidaridad.⁶

Arrupe creía en la cultura, pero pensaba que hay una seria crisis cultural:

«Los valores culturales no son absolutos. Una cultura que se encierra en sí misma se empobrece, se anquilosa, muere. Si la fe queda encerrada en una cultura particular, sufre esas limitaciones. La fe debe mantener su continuo diálogo con todas las culturas. Fe y cultura se emulan mutuamente; la fe purifica y enriquece la cultura y la cultura enriquece y purifica la fe ... El pluralismo en la expresión de la fe no sólo no es un mal necesario, sino un bien al que haya que aspirar... Mientras que la unidad se mantiene por la unicidad de la naturaleza humana y la unicidad del espíritu que anida vida y todo esfuerzo, el Espíritu Santo realiza el deseo, humanamente imposible (y sin embargo más profundo del hombre) de la unidad radical en la más radical diversidad».⁷

Pero sin duda el día que puede calificarse de histórico durante su estancia en Japón y toda su vida fue el 6 de agosto de 1945, en

⁶ Cfr. P. ARRUPE, *Este Japón increíble*, Bilbao, 1959. Hay una edición mexicana de estas memorias titulada *Yo viví la bomba atómica*, México, 1961.

⁷ Intervención en el Sínodo de 1977.

Hiroshima, donde era maestro de novicios. La bomba atómica marca el ecuador del itinerario espiritual de Pedro Arrupe. Aquel instante eterno en la capilla, frente al reloj parado por la explosión, desata en su interior otro estallido de amor. Desde su radical optimismo de hombre enamorado, Pedro transforma la fuerza destructora, que acabó con 200.000 japoneses, en energía para la creatividad.

El primer paso sería convertir su noviciado en improvisado hospital, donde, menos uno, todos su enfermos se salvaron gracias a su iniciativa de autocurarlos mediante la sobrealimentación y los cuidados del antiguo alumno de San Carlos de Madrid, que se sirvió de una cuchilla de afeitar para curar las heridas. Arrupe quedaría marcado, para bien, por la bomba, que estallaría en su increíble libertad espiritual y en su osadía evangélica a través de toda su vida.

«Apenas habían terminado de caer tejas, trozos de cristal, vigas, y cesado el estruendo ensordecedor me levanté del suelo y vi frente a mí el reloj de pared aún colgado, pero inmóvil; parecía tener el péndulo clavado. Eran las ocho y quince minutos. Aquel reloj silencioso y paralizado ha sido para mí un símbolo. La explosión de la primera bomba atómica se ha convertido en un fenómeno parahistórico. No es un recuerdo, es una vivencia perpetua, fuera de la historia, que no pasa con el tic-tac del reloj. El péndulo se paró, e Hiroshima quedó clavada en nuestra mente. No tiene relación con el tiempo: pertenece a la eternidad inmóvil».⁸

A mi entender, y después de haber trabajado largos años en su biografía, creo que Arrupe experimentó en Japón lo que en lenguaje oriental se denomina la «iluminación» e Ignacio de Loyola llama en su autobiografía «ilustración». Una y mil veces me repetía: «Lo vi todo claro. Lo veo todo claro. Siempre fui feliz». No en vano, desde muy joven, se levantaba antes del alba para hacer prolongadas horas de meditación en postura oriental. Aquella intensa vida espiritual comenzaba a dar sus frutos. Francisco de Javier evolucionó respecto a su apresurada evangelización en India, mientras que en Japón respetaba a los bonzos zen. Arrupe aprendió de ellos, como un discípulo, en plenos años cuarenta.

El maestro se volcó en sus novicios. Se alojaba en el peor cuarto de la casa en un lúgubre torreón; limpiaba los zapatos a los jóvenes jesui-

⁸ «A los veinticinco años de la bomba atómica», artículo publicado por el diario *Avvenire*, Roma, 6 de agosto de 1970. Reproducido en P. Arrupe, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Bilbao-Santander, 1982, p. 21.

tas, y luchaba denodadamente para entrar en la compleja psicología de los japoneses. De noche iba a practicar los caminos del zen.⁹

Uno de los últimos testimonios recibidos de aquel tiempo, es el de Manuel García Casado, SJ, que lo define «siempre con la sonrisa a flor de labios y el corazón dispuesto a agradar y ayudar a los demás». De su mirada penetrante habla este jesuita que fue Ayudante del Maestro de novicios Arrupe, cuando lo reencuentra en Roma: «Pronto noté que seguía mirando las cosas con los ojos suaves de siempre. Unos ojos como de quien, habiéndolos tenido largo tiempo fijos en algo absorbente, los retira unos momentos con gozo para saludar a un amigo. Unos ojos, imagino yo, como los que tendría Jesús, si algún día, abriendo de pronto la puerta del sagrario, asomara su sagrada faz en forma humana, para mirar sonriente a un corazón amigo...».¹⁰

Ya de primer provincial de la viceprovincia de Japón, con la internacionalización de esta misión jesuítica, tuvo ocasión de vivir como en un tubo de ensayo, lo que el futuro le depararía de una forma más exigente como superior general. El contacto con los jesuitas de variadas procedencias y tres vueltas al mundo como conferenciante, para recabar fondos con destino a la depauperada misión, le abrirán aún más a los grandes problemas de su momento histórico. Ventisiete años intensos en el País del Sol Naciente que marcarían su vida. No faltó en esta época tampoco el tiempo de la prueba, con el visitador que le envió Roma para revisar sus procedimientos, sobre todo económicos. Nadie le notó este sufrimiento, que luego exorcizó con humor, cuando el visitador tuvo que presentar el informe al nuevo general: el propio Padre Arrupe.

Misionero del mundo: espiritualidad y noche oscura

Todos estos cimientos darían su gran fruto en la persona del general Pedro Arrupe. Pues no será sólo la figura del posconcilio que lanza a

⁹ Entonces, en plenos años cuarenta, cuando un misionero occidental iba a su campo de trabajo con una posesión omnimoda de la verdad y con el consiguiente recelo a todo lo que pudiera oler a paganismo, la actitud del padre Arrupe resultaba una vez más valiente y profética. Durante su estancia en Yamaguchi, Arrupe quiso entrar a fondo en la mentalidad japonesa, donde el zen es parte del alma cultural de este pueblo. Así que se apresuró a estudiar los *do* o caminos de interiorización, autodominio y encuentro con lo profundo del yo: el *chado* o ceremonia del té, el *shodo* o caligrafía de los caracteres japoneses con el pincel, el *kyudo*, o arte del tiro con arco, el *judo*, sistema de defensa propia, y la esgrima, o *kendo*.

¹⁰ Carta de Manuel García Casado al autor.

los jesuitas a la aventura de comprometerse a luchar contra la injusticia en las fronteras del Tercer Mundo. «Don Pedro», como le llamaban cariñosamente sus súbditos, cambió el «orden y mando» de la férrea orden ignaciana por una sonrisa de amor evangélico, y la ascética cerrada en sí misma en un impulso positivo de servicio, definiendo a los jesuitas como «hombres para los demás».

Efectivamente, cuando Arrupe llega a Roma, en 1965, en pleno Concilio, ya era un hombre del Concilio antes del Concilio. Impresiona leer hoy las primeras declaraciones de aquel general que defendía a Teilhard de Chardin, aseguraba que todo ser humano, «hasta un criminal» lleva dentro de sí el «elemento cristiano» o se metía en el bolsillo a súbditos, superiores de otras órdenes religiosas, periodistas y cámaras de televisión. El carácter simpático y el magnetismo de su personalidad parecían abrirle todas las puertas en su empeño por llevar a cabo lo que entonces se llamaba el *aggiornamento*. Era un espíritu osado, rompedor, creativo, que de alguna manera relee a Ignacio de Loyola para el mundo de hoy.

Pero toda esa actividad tenía un motor interior. El día 1 de agosto de 1965 en Villa Cavalletti da comienzo a diez días de Ejercicios Espirituales, los primeros que iba a hacer como General de la Compañía. Ignacio Iglesias ha publicado y anotado el jugoso texto, inédito hasta ese momento, de los apuntes que el padre Arrupe escribió durante aquellos días.¹¹ Se trata de un cuaderno escolar (32 × 21) a rayas, ya empezado, del que irá desgajando hojas amarillentas, y que recoge cincuenta y dos páginas de letra tan apretada como apresurada, como de alguien a quien el corazón le corre más rápido que la mano.

Estos apuntes de Ejercicios revelan a un hombre que se siente elegido por Dios para una gran misión y plasma en las cuartillas su ebullición interior ante la nueva responsabilidad que afronta. Remitimos a los estudios y anotaciones del padre Iglesias para una cabal comprensión de este interesante texto. El eje del mismo es lo que Arrupe llama «servir en misión», siguiendo a Jesús, que lleva al jesuita a «reproducir sus rasgos», planteándose una «acción mundial», o «planificación mundial», para lo cual es necesario conocer primero a fondo nuestro mundo de hoy.

¹¹ I. IGLESIAS, *Aquí me tienes, Señor: Apuntes de sus Ejercicios Espirituales* (1965), Bilbao, 2002. I. Iglesias ha ampliado el estudio de este proceso espiritual en I. IGLESIAS, «Aportaciones a a su biografía interior», G. La Bella (ed.), *Pedro Arrupe, general de la Compañía de Jesús*, Bilbao, 2007, pp. 975-1019.

Arrupe se adelanta a su tiempo y se ve a sí mismo como misionero global, que necesita una inspiración trinitaria y que constata la necesidad de una acción sobre estructuras sociales, una selección de ministerios adecuados al momento, una reforma interna y, sobre todo, «una entrega absoluta a las personas», que «ponga a tono a la Compañía»; lo que va a suponer para él mismo vaciamiento personal, pobreza, humildad, trabajo, generosidad, mucho estudio, austeridad, en una palabra, estilo evangélico.

A nosotros, de estos apuntes, que sin duda merecen un profundo estudio de los especialistas, nos interesan sobre todo los rasgos autobiográficos, su faceta de autorretrato. Aparece en ellos un corazón generoso al estilo ignaciano, abierto al «universo mundo», a la Iglesia, al Papa; un auténtico misionero, y un hombre de intensa oración, unido con Dios no para sí mismo, sino en función de los demás y en particular de los jesuitas. Así, sin quererlo, autodefinirá lo que en realidad llegará a ser su generalato: «El General es el jefe, pero es cabeza y padre. Es gobernante y administrador; de ahí la amabilidad, cariño, llaneza de padre, la claridad, determinación, firmeza..., comprensión, amabilidad humanas, cariño y amor».

Nótese que repite dos veces en el mismo párrafo la palabra «cariño», algo nuevo en una orden que no se había destacado precisamente por fomentar el afecto entre sus miembros. Confieso que ingresé en una Compañía (1958) en cierto modo de jesuitas protegidos de la afectividad, algo así como «esfinges». Hoy, gracias a Arrupe, creo sinceramente que los jesuitas nos queremos más y en gran parte se lo debemos al gobierno del padre Arrupe.

Siente que Dios le pide una gran abnegación, convertirse en un «servidor», «un pequeño» según el estilo evangélico, lo que le comunica «una fortaleza extraordinaria». Estos densos apuntes confirman además la tesis de que el padre Arrupe había hecho un «voto de perfección» a Dios, un compromiso voluntario de buscar su voluntad y cumplirla, eligiendo lo que más a ello conduce, durante los últimos años de formación. «Ahora tengo que observarlo con toda diligencia, pues en esa diligencia en observarlo estará también mi preparación para oír, ver y ser instrumento del Señor», añade.

Ignacio Iglesias afirma que el documento personal, que atestigua dicho voto, existe, por testimonio de testigos oculares. En concreto el subsecretario de la Compañía de Jesús, Nicolás Verástegui, narra en carta autógrafa a Iglesias que al desatarse la enfermedad final de Pedro Arrupe, él recogió, sus cosas personales y añade: «En el cajoncito

del reclinatorio, junto a la puerta de comunicación con el despacho, encontré, entre otras cosas, una tarjeta postal con la imagen del Señor (creo que del Sagrado Corazón, impresa monocroma en tono verdoso oscuro), en cuyo reverso tenía escrita la fórmula de su voto de perfección. Tengo la impresión de que, entonces, deduje que estaba hecha en o al fin de su Tercera Probación. Ahora, después de 23 años, no puedo concretar más». ¹² Por tanto, parece que el texto original existe, aunque por el momento se desconoce en manos de quién está.

En su menuda y veloz escritura reaparece su particular devoción al Corazón de Jesús y a la Eucaristía: «Presencia real de Cristo, de mi amigo, de mi gran jefe, pero al mismo tiempo mi íntimo confidente. La obra es de los dos: él me comunica sus planes, sus deseos; a mi me toca colaborar «externamente» en sus planes, que Él ha de realizar internamente con su gracia. Qué obra tan grandiosa la que Él pone en mis manos; eso exige una unión de corazones completa, una identificación absoluta, ¡Siempre con Él! Y Él nunca se apartará! Yo tengo que mostrarle confianza y fidelidad. Nunca separarme de Él. Pero la raíz está en ese *amor amicitiae* (amor de amistad), en sentirse el *alter ego* de Jesucristo. Con una humildad profundísima, pero con una alegría y felicidad inmensas también. ¡¡Yo siempre con Él!! Siempre colgado de sus labios y sus deseos. ¡Qué vida tan feliz! ¡Gracias Dios mío! ¡Aquí me tienes, Señor!».

Copiamos otro fragmento, imprescindible para comprender el motor de toda la vida de Arrupe, lo que él llama «Jesucristo y yo: la relación personal única»:

«Ese amor personal tiene un carácter de exclusividad o de unicidad muy importante. Al fin y al cabo lo único que queda es Jesucristo. El resto de la colaboración, estima personal y hasta amor sincero, queda como algo contingente limitado, temporal, variable. Lo único que queda siempre y en todo lugar, que me ha de orientar y ayudar siempre, aun en las circunstancias más difíciles y en las incomprendiones más dolorosas, es siempre el amor del único amigo, que es Jesucristo. Esto no quita nada a las demás amistades, a las relaciones verdaderamente caritativas, de una sinceridad y valor de parte de los seres humanos. La vida es así, los hombres somos así, y las dificultades personales subjetivas son tales, que solamente puede contar siempre y en todas circunstancias con Jesucristo».

¹² *Ibidem* pp. 985-986, n. 19.

«Idea de un valor inmenso. Hay que llegar al convencimiento teórico y práctico de ello. Jesús es mi verdadero, perfecto, perpetuo amigo. A Él me debo entregar y de Él debo recibir su amistad, su apoyo, su dirección. Pero también su intimidad, el descanso, la conversación, la consulta, el desahogo...; el lugar es ante el Sagrario: Jesucristo nunca me puede dejar. Yo siempre con Él. Señor; que yo no te deje *Et numquam me a Te separare permittas*».

Palabras que impresionan particularmente después de conocer cuanto le ocurrirá posteriormente y que evocará una situación no lejana a la del propio Cristo: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas». En realidad estos apuntes constituyen una especie de anticipo espiritual y síntesis interior de todo cuanto Arrupe vivirá como General en tres vertientes: su profunda comunicación con Dios, su cercanía al mundo al que se dirigía su misión, y su talante cariñoso, cercanamente humano, que reaparece en otros muchos fragmentos de estos apuntes y que Ignacio Iglesias ha querido recoger con este título muy arrupiano: *Aquí, me tienes, Señor*.

Años difíciles y creativos

Pero los tiempos en que arrancaba el flamante superior general no eran fáciles. En plenos conflictivos sesenta, aquellos años creativos de la rejuvenecida Iglesia del posconcilio que se despertaba de un largo letargo, Arrupe parecía correr aún más deprisa que la Historia, con sus intuiciones de futuro sobre la Iglesia de América latina o contra el racismo en los Estados Unidos:

«Aunque hay que reconocer debidamente las pasadas y presentes realizaciones en el apostolado interracial, sigue siendo verdad que la Compañía de Jesús no ha comprometido sus efectivos humanos y sus recursos en ese apostolado en la medida en que los negros necesitaban de nuestro servicio».¹³

O expresaba sus valientes ideas sobre los «colegios de ricos», que hicieron que algunos ex alumnos importantes, entre ellos el hermano de un ministro, se levantara de un congreso:

¹³ «La crisis racial en Estados Unidos», 1-XI-1967, en *La Iglesia de hoy y del futuro*, p. 291 y ss.

«Por lo tanto tenemos que reconocer que el individualismo y a veces el deseo de sobresalir en que os hemos formado no pocas veces y que vosotros habéis continuado fomentado en la vida, debe ser transformado en deseo de servir, y, si se desea ser eminente en vuestra profesión no ha de ser por propia satisfacción, sino para poder ser más útil a los demás: lo que en apariencia es algo utópico e irrealizable, pero que en realidad constituye un ideal que atrae a la juventud de hoy y que le inspira grandes esfuerzos y sacrificios enteramente desinteresados. Aquello que he formulado como «personas para los demás»: hombres y mujeres para los demás».¹⁴

Se reunía con los curas obreros; les decía las cosas claras a los dictadores Franco y Stroessner; entraba en la cárcel a visitar a Daniel Berrigan, el jesuita que quemara con napalm los archivos de Vietnam, y participaba lúcidamente en los grandes acontecimientos eclesiales.¹⁵

Sus viajes, para conocer la Compañía, acercaron su figura entrañable y sencilla a cada jesuita, que se sentía «personalmente atendido».¹⁶ Era el estallido de lo universal, de una Iglesia inculturada, de su aire abierto y dialogante.

Lejos de huir y arredrarse en tiempos de crisis, apretaba el acelerador buscando nuevos horizontes en los convulsos años sesenta y setenta. Cuando los catastrofistas se asustaban por las desertiones y la crisis vocacional, Arrupe decía sonriendo: «El último que apague la luz»;¹⁷ y cuando un jesuita «colgaba los hábitos» exclamaba: «Ahora tenemos que quererle más».¹⁸ No era un loco; era, hasta por su parecido físico, un nuevo Ignacio de Loyola quien, en su tiempo, se atrevía a decir que «si la Compañía se disolviera como sal en el agua le bastaría un cuarto de hora de oración para reencontrar la paz».

¹⁴ «La promoción de la justicia y la formación en las asociaciones», ponencia pronunciada en Valencia, 1-VII-1973, y «Preguntas y respuestas», Arrupe en diálogo con los jóvenes en Valencia, 31-VII-1973. Cfr. *Hombres para los demás*, pp. 127 y ss.

¹⁵ Daniel Berrigan es el único jesuita de verdad, no actor (el del pelo canoso), que interpreta un papel secundario en el film «La Misión».

¹⁶ En mi libro recojo docenas de anécdotas sobre esta cercanía y sencillez que hacía que muchos jesuitas quisieran tener —cosa rara— una foto dedicada de su superior general.

¹⁷ Traducción contemporánea de la frase de San Ignacio de Loyola: «Si la Compañía de Jesús se disolviera como sal en el agua, me bastaría un cuarto de hora de oración para quedarme en paz». Equivale a decir que la Compañía no es en sí misma un absoluto.

¹⁸ Así se lo dijo a su secretaria de la Unión de Superiores Mayores, Giuliana di Iebo, cuando ésta le dio la noticia de que dos superiores generales de dos congregaciones religiosas masculinas habían abandonado sus congregaciones para casarse.

Pero este talante, su nueva concepción dialogante de la obediencia —aplicación actual de la representación ignaciana—, su estilo amistoso de gobernar, acabarían por costarle caros. Sufrió la incompreensión y hasta la traición dentro de sus filas. Se le acusó de que «un vasco fundó la Compañía de Jesús y otro se la estaba cargando». Tuvo que enfrentarse con un riesgo de escisión por parte de los de la «estricta observancia». Y finalmente recibió una admonición de Pablo VI durante la Congregación General XXXII, que se replanteó la supresión de los «grados» o categorías de jesuitas, y decidió optar por la justicia, el Papa que le quería «como un abuelo» y conservaba en su breviario las oraciones compuestas por él, le reprendió severamente. Arrupee reconoció al autor de este artículo que salió llorando de aquella entrevista, aunque le bastó el corto paseo hasta la curia de los jesuitas para estar en paz y exhortar a los padres congregados a obedecer con alegría.

Compromiso por la justicia

Hoy podemos afirmar que la historia en el compromiso por la justicia, que es consustancial a la fe cristiana, le está dando la razón, puesto que en opinión de muchos este nuevo milenio será solidario o no será. Pedro Arrupe comienza a descubrir que la injusticia es en realidad una forma de ateísmo:

«Los pobres y los hambrientos no buscan solamente en nosotros dones caritativos, sino apoyo activo en su legítima lucha contra todas las formas de opresión e injusticia. Nuestro compromiso eucarístico nos convoca a una nueva forma de solidaridad... Éste es un papel mucho más apremiante, que exige acción en una multitud de campos: político, social y económico. La opinión pública debe ser movilizadada, rotas las barreras del prejuicio o la indiferencia, presionados los políticos y los legisladores para que actúen... Y habrá ocasiones en que nuestro compromiso por la justicia en el mundo nos costará caro y exigirá sacrificios personales o corporativos en grados diferentes. En estas ocasiones podemos sacar fuerzas de los primeros cristianos, que tuvieron que sufrir por su fe y estimaron un honor hacerlo por el nombre de Jesús. Podemos también sacar fuerzas viendo tantos hombres, mujeres y niños, por todo el mundo, que en estos mismos momentos están sufriendo por la causa de la justicia. Algunos están en prisiones o en campos de concentración, sin acusación o con falsas acusaciones contra ellos; algunos están viviendo en servidumbre, algunos están siendo sometidos a torturas o arrojados al destierro. Muchos de ellos saben que estamos aquí hoy y nos miran con esperanza. ¡Ojalá no les fallemos! ¡Ojalá nuestras Iglesias y las organizaciones a las que pertenecemos, lleguemos a ser defensores sin miedo, de los derechos y la justicia, cuéstenos lo que nos cueste en término materiales, político u otros!».

Palabras de «Hambre de pan y de Evangelio», pronunciadas en el Congreso Eucarístico de Filadelfia en 1976.¹⁹ El profeta Arrupe parecía estar viviendo el actual florecer de ONGs, del voluntariado y cooperantes y lo que fue el movimiento del 0,7. Después cayó el Muro, pero algunas verdades del marxismo, que inquietaban a Arrupe siguen ahí. Él no aceptaba el análisis marxista. Pero veía aspectos positivos en el diálogo con el marxismo.

Arrupe veía claro el futuro de lo que iba a costar a la Compañía dicho compromiso por la justicia. En una entrevista al diario *Avvenire* concedida en 1977 comenta el coste humano y de sufrimiento que ya por entonces se percibía: la expulsión de los jesuitas de Paraguay, el martirio del padre Burnier:

«Temo que en el futuro nos veremos obligados a pagar semejantes costos no sólo en estos y otros países latinoamericanos, donde los jesuitas luchan por el servicio a la fe y la promoción de la justicia».²⁰

En 1989 se produce la matanza de Ellacuría y sus compañeros, una saga de mártires jesuitas de la fe y la justicia que ha alcanzado casi la cifra un centenar en la estela del pensamiento de Arrupe.²¹

Lo mismo en el tema de la mujer. Se adelantó. En una rueda prensa en Puebla (México) dice que la participación de la mujer en las decisiones de la Iglesia vendrá, pero que hace falta paciencia.²² «La mujer debe tener en nuestras asociaciones el lugar que le corresponde, y esto no solamente por gentileza y “politesse”, sino por justicia y reconocimiento de su persona humana, que es tan imagen de Dios como nosotros los hombres»²³. Más tarde el máximo organismo de la orden ignaciana, la Congregación General de los jesuitas dispondrá que una mujer pueda llegar a ser rectora de una universidad de la Compañía.

¹⁹ *Hambre de pan y de evangelio*, Santander, 1978, p. 41.

²⁰ Entrevista concedida al diario *Avvenire*, 1970.

²¹ «Están con el Señor», le dijo a su enfermero, el hermano Bandera, cuando apenas podía hablar y éste le comentó la noticia del asesinato de los jesuitas.

²² «Una institución como la Iglesia —dijo— cambia muy lentamente, pero yo creo que ya está tomando conciencia de que la mujer debe obtener más intervención...». B. M. Hernando, *Los pasillos de Puebla*, Madrid, 1979, pp. 199 y ss. El texto completo de la rueda de prensa en *Mensaje*, Santiago de Chile, núm. 279, junio 1979.

²³ «Consignas a la Federación mundial de Antiguos Alumnos». Federación Mundial de Antiguos Alumnos de la Compañía, Padua, Agosto 1977, p. 437.

Llega a decir sobre la solidaridad:

«Un tal ejemplo de solidaridad, que pasase a través de la religión, razas y naciones, podría inspirar y hacer más eficaz las otras intervenciones internacionales y también conducirnos a otros y más profundos compromisos. Si esta llamada fuese acogida y hecha efectiva, entonces el proyecto de eliminar el hambre en el tiempo de nuestra vida, podría dejar de ser un sueño lejano».

Finalmente la gran noche oscura de Arrupe sobrevino en dos tiempos. El primero, ya mencionado, al final del pontificado de Pablo VI, cuando durante la Congregación General XXXII, es llamado por el Papa quien le ordena escribir al dictado de monseñor Benelli su prohibición de que la Compañía tratara el tema de los grados. La incompreensión de Juan Pablo II fue aún más fuerte cuando se resiste a recibir al general de los jesuitas. Sólo dos veces, durante diez minutos, pudo Arrupe conversar con él. Y, cuando lo consigue y le presenta su dimisión por no sentirse con la confianza de la Santa Sede, el Papa se la niega. Tenía en mente otros planes de reforma sobre la Compañía. «Conmigo habló poquísimos», me confesó personalmente y sin acritud el padre Arrupe.

Se diría que el Papa blanco y el vulgarmente llamado «papa negro» hablaban entonces dos lenguajes diferentes. Pienso que había un abismo cultural y teológico entre ambos. He escrito también una larga biografía de Juan Pablo II²⁴ para explicarme en parte esa divergencia. Wojtyła era un luchador —contra el nazismo, el comunismo, luego el aborto y la sociedad de consumo— con una teología más dualista, de arriba abajo, centrada en la cruz y en la situación de un hombre en pecado que es salvado por Dios. Arrupe era un dialogante, que creía en el hombre como depositario de las semillas de salvación y en las culturas de un modo optimista, con una visión más pascual unitaria y teilhardiana.²⁵ Creía en el hombre y en las culturas como poseedoras de semillas de salvación.

Es iluminadora la explicación que en este mismo ciclo de conferencias propondría —redactamos este texto para su publicación después de pronunciada dicha ponencia— el General de la Compañía, Peter Hans Kolvenbach sobre la manera de entender el concepto de justicia Juan Pablo II y Pedro Arrupe:

²⁴ P.M. LAMET, *Juan Pablo II, hombre y papa*, Madrid, 2005.

²⁵ Cuando me recibí enfermo en 1983 hojeaba un libro en imágenes con la vida de Teilhard de Chardin.

«Mientras el Papa Juan Pablo II afirma que no es suficiente la lucha por la justicia en contra de las estructuras injustas y que es necesario que dicha lucha esté al servicio de la caridad y condicionada por ésta, el padre Arrupe, con una posición que me permito señalar más matizada, subraya en primer lugar que no toda caridad es de por sí auténtica. Esta caridad puede ser falsa y no es más que aparente, es decir, viene a ser una injusticia camuflada cuando más allá de la ley se concede a una persona por benevolencia aquello que le es debido en justicia. En concreto, la limosna no puede ser una especie de subterfugio último para no cumplir con una persona la justicia a la que tiene derecho».

«Por otra parte, el padre Arrupe se muestra menos reticente con respecto a la justicia, pues jamás se ha hablado tanto de la misma y a su vez jamás se la ha despreciado de una forma tan flagrante. Sigue a Su Santidad Juan Pablo II en la convicción de que la caridad, como amor al prójimo y promoción de la justicia, se encuentran inseparablemente unidas al nuevo mandamiento del amor. La lectura que el Concilio hace del Evangelio confirma que no se ama si no se hace justicia y que la justicia se degrada y se convierte en injusticia si a su vez no se practica con amor».

«Por decirlo aún más claramente, su confianza en la justicia vivida a la luz del Evangelio apunta a esta expresión y matiz nuevos: la justicia vivida como seguimiento del Evangelio es de por sí el sacramento del amor y de la misericordia de Dios. De esta manera, el padre Arrupe desea reafirmar, en línea con la más pura tradición ignaciana, que el amor no se ha de poner en las palabras, sino que se ha de traducir en acciones concretas de justicia».²⁶

Arrupe por entonces obedecía sonriendo y animando a sus compañeros. Pero algo se rompía dentro de él en una secreta y terrible noche oscura. Al regreso de un viaje a Extremo Oriente, el 7 de agosto de 1981, cae gravemente enfermo, víctima de una trombosis cerebral. En octubre otro golpe más duro de la Santa Sede cae sobre el ya debilitado padre Arrupe. El cardenal Casaroli le deja llorando en su cuarto de enfermería con una carta por la que el Papa interrumpía el proceso constitucional de la Compañía, destituía al vicario designado por Arrupe, padre Vicent T. O'Keefe, y nombraba a dedo, como delegado suyo en la Orden a un octogenario jesuita, confesor de dos papas con-

²⁶ P.H. KOLVENBACH, «P. Pedro Arrupe: Profeta de la renovación conciliar», Conferencia pronunciada en el Forum Deusto el 13 de noviembre de 2007. *Vid.* Este volumen p. 25

siderado como la antítesis ideológica del general, Paolo Dezza, luego premiado con el cardenalato; y como su coadjutor a Gisseppe Pittau, después arzobispo secretario de la Congregación para la Enseñanza.

Arrupe inclinó la cabeza, y anonadado, obedeció una vez más. Cuando le visité de nuevo en Roma para tomar datos para mi biografía, Arrupe, rosario en mano, parecía un Cristo de Mantegna, pálido y transparente, perdido entre las sábanas blancas, sonriendo aun desde sus torpes labios hemipléjicos, besando la mano de los que intentaban besársela a él, sin abandonar nunca ese gesto con el que parecía pedir perdón casi por ser.

Entonces, con su media palabra de enfermo el hombre que había hablado siete lenguas y había sido recibido por los más importantes personajes de aquel tiempo, me abrió balbuciente su corazón, un corazón partido entre su obediencia y su noche oscura, entre la incompreensión y la claridad interior. «No lo entiendo, no lo comprendo —decía—, el Papa conmigo habló poquísimos. Yo nunca intenté forzar ninguna voluntad. Siempre dialogué con todos. Yo estaba interiormente convencido. Veía claro. Era maravilloso. Una experiencia de Dios. Ahora estoy roto. No sirvo para nada. Pobre hombre. En manos de Dios».²⁷

Revelaciones de su enfermero

Resultan esclarecedoras, para comprender este periodo de prostración, las cuartillas de su hermano enfermero, el malagueño Rafael Bandera, que he rescatado del polvo de los archivos de la provincia de Andalucía y Canarias.²⁸ De esta época le impresiona a su fiel enfermero, hermano Bandera, «su alegría, con tal serenidad interna, que sin pensarlo, la salía afuera. Cuando entraba en su cuarto sólo con mirarlo y estar unos minutos junto a él, todo mi interior entraba en paz. Dios le había dado ese carisma: dar paz, contagiarla por su gran fe y amor a Cristo y la Compañía... Se sentía humillado en lo más íntimo de su ser cuando tenía que lavarlo, cambiarle, etcétera... Le observaba con el rabillo del ojo; yo cantaba, le hablaba, como la cosa más natural. Me miraba y sonreía, con tal serenidad que era como decir: «Continúa, Dios así lo quiere». En los primeros años, o sea, a partir de diciembre de 1981 los dos rezábamos el rosario. Aunque después de la trombosis

²⁷ Cfr. P. M. LAMET, *op. cit.* pp. 456 y ss.

²⁸ *Ibidem*, pp. 448 y ss.

no volvió a hablar claramente, sino con palabras sin coordinación, las avemarías y padrenuestros los decía bien, cambiaba de cara. Se veía su gran devoción a María. Todos los días hasta 1985 siempre rezamos juntos el rosario.

«Don Pedro era una balsa de aceite; con nada se impacientaba. El comer era un martirio, se dejaba dar como un niño pequeño. En todo lo que le hacía era una sonrisa, un mirarme profundo. Muchas veces le provocaba diciendo: “Don Pedro, ¿tiene ganas de volar al cielo?” Me miraba como si fuera alguien que tuviera poder en ese volar y me decía: “Sí, sí”, con tanta alegría... Cuando fallecía alguien en la comunidad o fuera y le llegaba la noticia, caía en un gran silencio, pequeñas lágrimas; yo me sentía impotente. Sólo me atrevía a preguntarle: “¿Siente envidia?” Y, como siempre, cambiaba su expresión y con mucha certeza me decía: “Sí, sí”».

«Otra de las virtudes de don Pedro, que para mí raya en la perfección, fue su gran devoción a la Iglesia y a la Compañía. Cada vez que salía un artículo en alguna revista (que yo sabía que le haría gozar) se lo leía. Lloraba con tal paz que conmovía, por la “ternura”; y no digamos, si le leía algo de los jesuitas dispersos por el mundo. Su gozo era tal que no parpadeaba. Yo creo que pensaba en aquellos países *lontanos* (sic) que él conocía donde trabajaban aquellos jesuitas».

«Por la tarde, a las 18,15, le rezaba las Vísperas. Era otro de los momentos en que la cara se le transformaba. Yo sentía gran devoción, a veces con lágrimas. Dios estaba allí, lo sentía. Cuando iniciaba el *Magnificat*, sentía que algo le sucedía, respiraba más fuerte, su corazón de verdad le palpitaba. Este rezo lo hice con él hasta una semana antes de morir. Lo sentía grandemente. ¡Qué gracia me ha dado el Señor!».

«Los momentos más felices de mi vivir con él era cuando yo sentía alguna tristeza por mi culpa o por incomprendiones. Pues bien, me sentaba en el suelo, apoyaba mi cabeza en sus rodillas, y a los pocos minutos alzaba la cabeza y le miraba. Yo sentía que algo había sucedido en mí, pues todo mi interior había cambiado; y él me miraba con tal cariño, al mismo tiempo que ponía su mano izquierda en mi cabeza y me sonreía... (Esto fue hasta finales del 86) [...]».

«Otra experiencia que he vivido, y el padre Egaña participó en ella, fue la siguiente: Fue en noviembre de 1981. Don Pedro tuvo (para mí) como una visión al estilo del Cardoner, como Nuestro Santo Padre Ignacio. (Se refiere a la iluminación que recibió el santo en 1522 junto a dicho río en Manresa, donde, según él mismo relata

en su autobiografía, experimentó «una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas»). Don Pedro lloraba, no era un llorar como otras veces, de depresión, no; era un llorar y reír de consola- ción. Decía claramente «Dios, María, la Madre de Dios así lo quiere». Esto duró casi una hora. Yo no podía más, ya que me contagié y lloraba junto a él; entonces fue cuando llamé al Padre Egaña. Éste se quedó con él, y los dejé solos».

«El Padre Egaña me confirmó lo que yo pensaba. Había visto clara- mente su situación, su cruz, en pocas palabras aceptaba plenamente la voluntad del Señor: una moción interna que le había hecho ver cla- ramente». Algunos compañeros de la Curia pusieron en duda si tal ex- periencia no sería el efecto de las medicinas, lo que, por otra parte, no restaría nada al espíritu de paz, aceptación y misticismo con que vivía el Padre Arrupe su enfermedad».

El 14 de noviembre, fecha de su septuagesimocuarto cumpleaños, participó de un festivo encuentro en la sala de recreo y de un recital de canciones de jóvenes jesuitas. Fue una celebración muy cordial en la que no faltó un telegrama de felicitación del Papa. «Le llevé en silla de ruedas —recuerda su enfermero—. Se sentía tan feliz, tan vivo como si no estuviera enfermo, más aun se dejó poner un kimono de seda negro mate precioso. Cuando se lo estaba poniendo, me dijo: "Vamos a hacer reír con esta pinta"; y él mismo se reía a boca llena. Estuvo en la sala con toda la comunidad después de la comida para tomar la tarta por su cumpleaños. Las fotos son dignas de ver».

«Al día siguiente, ya sin kimono, vinieron los jóvenes del *Gesù*. ¡Cómo gozó don Pedro! Por la noche se sentía contentísimo: "Estos son los jesuitas del mañana". En aquellas palabras yo captaba algo suyo, algo tan adentro, que no puedo explicar».

«También puedo decir que la santa misa para don Pedro era como el aire para respirar, era todo para él. La noche del 24 de diciembre de 1981 me pidió que quería bajar a la iglesia; quería concelebrar con su comunidad, yo quise disuadirle; no pude (Dios me premió después). Hacia las 11.30 lo desperté, lo preparé con el alba y la estola. Bajamos a la iglesia; rezaba en silencio con su postura característica, que no dejó en su larga enfermedad: su gran recogimiento y la cabeza inclina- da hacia la izquierda. En el momento de la consagración alzó un brazo como concelebrante, pero no podía, se le iba bajando. La sonrisa que me dedicó me hizo llorar. No será fácil que la olvide. Fue una noche ex- tenuante, pero se sentía con una gran carga espiritual. Dios estaba con él y él había estado con su comunidad».

«Todas las misas eran así. Yo le veía fuera de sí (algunos creían que dormía); no, no era eso, sino que su recogimiento era tal que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Eso sí, en el momento de la comunión don Pedro alzaba su cabeza, y allí estaba esperando a su Señor. Así todos los días, menos los once días antes de morir».

¿Algún defecto, alguna debilidad? El enfermero confiesa que sólo pudo encontrar una:

«Su gusto por el chocolate. Hacia las cuatro de la tarde le decía: "¿Quiere un vaso de agua?". "No" era la respuesta. "¿Quiere un chocolate?". "Sí", me respondía. "Pues bien, beba el vaso". Y así lo hacía».

Y una anécdota divertida: «Don Pedro era un gran creyente, por no decir que creía ciegamente en aquello que se refería a la Iglesia, pero en otras cosas (me refiero a cosas sin importancia), no tanto. Como, por ejemplo cuando vino un hermano del Japón, ese hermano que, según él, tiene dotes de curar. Pues bien, quiso imponer sus manos sobre don Pedro. Y ahí me tienes al hermano todo feliz y contento muy seriamente en su papel; y don Pedro con la cabeza inclinada, que se moría de risa. Yo tuve que salir del cuarto. No podía más al ver aquel esfuerzo del hermano y el cariño que don Pedro le dio, pero muerto de risa».

Rafael Bandera relata también la reacción del padre Arrupe en una ocasión en que el hermano se equivocó: «Nunca se quejaba de la comida. Todo le iba bien. Recuerdo que una vez me equivoqué y puse sal en la leche en vez de azúcar. Cuando le di el primer trago, me dijo con los ojos muy abiertos y claramente. «¡Qué amarga es esta leche!» Y nos reímos a boca llena».

Recuerda el enfermero que el padre Arrupe no guardaba ningún regalo para sí. «De continuo —comenta Bandera—, aun en la enfermedad su generosidad era dar todo lo que tenía. Este episodio es al estilo de las florecillas de San Francisco: Vino a Roma, para sustituir al hermano Ruiz durante las vacaciones, el hermano Luis Sánchez, de la Provincia de Loyola con un canario y un paquete de espárragos de San Adrián (Navarra). Le gustó mucho, le hizo fiesta. Cuando el hermano marchó a los pocos días, el canario se lo regaló a otro hermano de la casa. Los espárragos no conseguí que los comiera. Me pidió que se los regalara a su fisioterapeuta».

Después que la Compañía volvió a sus cauces habituales y una vez elegido el nuevo general, Peter Hans Kolvenbach, Arrupe viviría sin vivir todavía ocho años más de silencio en su pequeño cuarto de enfermería, por el que pasarían a visitarle desde el propio Papa, que fue a verle

tres veces, hasta gentes innominadas de todo el mundo que se honraba con su amistad, pasando por la Madre Teresa, el cardenal Pironio, Roger de Taizé, y un grupo de protestantes que encendían una vela y entonaban himnos en su presencia.

Arrupe por consiguiente no sólo fue un hombre santo de nuestro tiempo. Fue el pionero de la inculturación en la Iglesia, el líder de la adaptación de la vida religiosa después del Concilio, un puente cultural entre Oriente y Occidente, el padre espiritual de un centenar de mártires jesuitas en países del Tercer Mundo, un adelantado del diálogo con el mundo y las ideologías, un amigo de los refugiados y drogadictos y, sobre todo, un enamorado de la figura de Jesús de Nazaret, que conjugó en su vida fidelidad y profecía. Detrás de su ingente actividad, que no cabe en muchas páginas, aleteaba la vida interior del hombre de oración, y el hombre sencillo, que sabía regalar una tarta con velas a su secretaria de la Unión de Superiores Generales el día de su cumpleaños y tratar a un súbdito como un amigo de toda la vida.

El futuro exige autenticidad

Ya hemos visto cómo el General se adelantó en muchas intuiciones de modo profético a algunos de los desafíos de nuestro tiempo. Arrupe en un discurso pronunciado Würzburg en junio de 1979, se niega como siempre a ver como negativa a la juventud, ve su rechazo como un valor y encuentra en ella los siguientes aspectos:

1. Idealismo impaciente.
2. Generosidad que se muestra en forma de servicio.
3. Autenticidad, contra fariseísmo o formalismo.
4. Sensibilidad hacia el hombre, especialmente hacia los más necesitados.
5. Universalidad, porque el mundo se ha empequeñecido.²⁹

Son reveladoras sus frases preferidas del Evangelio, casi un autorretrato:

SENCILLEZ: «Bienaventurados los pobres de espíritu».

PROVIDENCIALISMO: «Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo».

²⁹ Todavía no existía Internet, ni la explosión de la informática, ni la televisión digital a la carta. (Discurso pronunciado en Würzburg en junio de 1979).

NO-VIOLENCIA: «Al que te abofetee en la mejilla derecha, preséntale también la otra».

DESPRENDIMIENTO: «Al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto».

GENEROSIDAD: «Y al que te obligue a andar una milla vete con él dos».

HUMILDAD INTELIGENTE: «Cuando seas convidado, ve a sentarte en el último puesto».

COMPROMISO VALIENTE: «Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa».

OSADÍA: «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan».

PROFUNDIDAD: «Quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará».³⁰

De aquí nace la espiritualidad abierta y tolerante del padre Arrupe. Cuando le pregunté cómo era su oración —ya sabéis que rezaba en postura oriental— si oriental u occidental, me dijo que «todo», era una oración total, cósmica, centrada en la oración universal de Jesucristo pero sin particularismos de tipo alguno.

Todo ello le condujo a estas líneas de acción verdaderamente proféticas:

1. *Crear un nuevo humanismo abierto al mundo*

«Un humanismo abierto al mundo entero. Y en este sentido Europa en la medida en que uniéndose aumenta sus posibilidades, deberá acrecentar su solicitud por distribuir, en espíritu de diálogo, respetando el valor de los demás y en el convencimiento de tener que recibir tanto cuanto pueda dar. Así, Europa no podría concebir su desarrollo independientemente de los países todavía menos favorecidos o menos desarrollados. Tal vez podríamos ejercer influencia cerca de nuestros gobierno para que reconozcan plenamente su enorme responsabilidad en este punto. Oímos frecuentemente hablar de la situación explosiva del Tercer Mundo, pero ¿nos preguntamos si nosotros, los europeos, no tenemos una parte de la responsabilidad de esta situación?».³¹

2. *Optimismo*

Ante el año 2000 era un optimista. Interrogado ante las cámaras de TV si no es demasiado optimista, responde:

³⁰ *Hambre de pan y de Evangelio*. De Arrupe sólo las frases. Los títulos son míos.

³¹ Congreso de Antiguos Alumnos de Lieja en 1979.

«Quizás lo sea. Porque creo que viendo las cosas tal como son, y sabiendo que estamos en las manos de Dios, y que Dios es omnipotente, aun cuando por un momento parezca que las cosas van mal, jamás podrán ir mal si se sigue a Dios y se es ayudado por la providencia divina. Éste es mi optimismo. Un optimismo basado en la fe en Dios y en la fe en mis hermanos, los jesuitas, que son excelentes, que colaboran al ciento por ciento; y en este apoyo veo también un apoyo humano-divino que permite ver las cosas un poco más de color de rosa».³²

3. *Apertura al cambio*

El mundo después de Arrupe sigue siendo un mundo en cambio, instalado en la provisionalidad, algo que percibió muy claramente.

«El cristiano es el hombre que siente la tensión dialéctica de desarrollar al máximo su personalidad para servir mejor a los otros, entregando todo su ser en bien de todos. Consciente de encontrarse en un mundo en cambio, sus actitudes son diversas de las del hombre en una sociedad estática. Éste da valor a la estabilidad, a la perseverancia, hace la autocrítica con dificultad y mira los cambios como algo sospechoso; aquél (el cristiano), en cambio, acepta la transitoriedad de las cosas, practica y ama la autocrítica, procura la creatividad y una adaptación progresiva, rápida y planeada, y evita así el llamado *schok* del futuro. Show dice que "hoy se requieren hombres que tienen el futuro en la médula de los huesos"».³³

4. *Inseguridad es cercanía a Dios*

Durante la celebración de la Eucaristía en una barraca de un pueblo de Latinoamérica ante hombres de los que no sabía si a lo mejor el día siguiente serían arrestados por una revolución dijo una frase que repitió al año siguiente, 1970, en Alemania, con motivo del *Katolikentag*: «Sigo manteniendo enteramente hoy todavía lo que dije entonces: Tan cerca de nosotros no había estado el Señor acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros».

5. *Esperanza en el futuro*

Sabía encontrar en el mundo de hoy vectores³⁴ que apuntan hacia un futuro mejor:

³² Estas ideas las expresó en múltiples ocasiones, especialmente en entrevistas concedidas a medios de comunicación.

³³ Entrevista concedida a la revista *Mensaje*, 1973.

³⁴ *El futuro de la Iglesia*, Tréveris, 10-IX-70.

«Entre los acontecimientos más impresionantes que he vivido en estos últimos años, y que me han dejado un recuerdo inolvidable, está mi encuentro con la renovación y el resurgir religioso, más importante de lo que jamás hubiera esperado. He encontrado en seglares, sacerdotes y religiosos, una seriedad y profundización de la fe, que muy raramente había visto con anterioridad. La teología ha dejado de ser una ciencia secreta, reservada al clero, y cada día es más propiedad del mundo entero. En Latinoamérica, he asistido a servicios religiosos en los que la palabra no era palabrería hueca, sino una realidad viva. En África he visto ejemplos de olvido de sí mismo y de pobreza voluntaria, como sólo se relataban en los más florecientes tiempos del cristianismo. Y todavía hoy ante mis ojos, cincuenta jóvenes, en medio de los esquimales, en el clima glacial de Alaska, pasan tres años en un servicio de ayuda al desarrollo. Ésta es también, ¡y hay que saberlo! la juventud de hoy. Repetidas veces me he encontrado en compañía de grupos apostólicos que, sin mucha organización, realizaban el antiguo servicio de la diaconía cristiana. He visto cómo, en tales grupos, se redescubría la oración y la meditación».

Hay docenas de anécdotas que corroboran lo dicho en este apresurado esbozo biográfico y humano.³⁵ Pero si hubiera que sintetizar la vida de Arrupe en una anécdota, elegiría ésta: Cuando daba catequesis de adultos en Japón, en sus tiempos de Hiroshima, un viejo japonés le miraba sin pestañear sin que durante seis meses dijera nunca nada. Arrupe entonces se atrevió un día a preguntarle: «¿Qué opina usted de mis explicaciones?». El japonés respondió: «No puedo opinar porque no he oído nada. Soy sordo. Pero basta con mirarle a los ojos. Usted no miente. Lo que usted cree, eso creo yo». Evangelizar es ser.

Mariano Ballester, SJ, que le ayudó durante su enfermedad en la logoterapia, ha desvelado que durante su enfermedad, cuando ya apenas hablaba, después de leerle algunos discursos de los que había pronunciado momentos antes de la hora de dormir, le oyó decir con su débil media lengua: «Para el presente, "Amén" ...; para el futuro "¡Ale-

³⁵ Señalo dos: Cuando, Arrupe retirado en las habitaciones de San Ignacio, que se conservan en el *Gesú*, un jesuita estadounidense bastante despistado lo confunde con un hermano coadjutor, el padre Arrupe le ayuda a la misa y el americano le dice al final: «¿Sabe, hermano, que se parece usted mucho a San Ignacio? ¿Cómo se llama?». Ignoraba que le había ayudado a misa su superior general. En uno de sus viajes un señor que iba sentado en el avión a su lado, le puso por los suelos la situación actual de la Compañía. «¿Usted es jesuita? ¿Qué piensa de ese padre Arrupe?». «El padre Arrupe y yo estamos íntimamente identificados», fue la respuesta de Pedro. Cuando una nube de fotografías se presentó en la escalerilla del avión, el viajero cayó en la cuenta de su enorme metedura de pata. Pedro Arrupe nunca hacía uso de las prerrogativas de su autoridad, siempre «flotaba» entre los demás para pasar inadvertido.

luya!" ». El pasado, la culpa, la angustia por lo no realizado no existe. El presente es el ahora que taladra hacia la eternidad, el reloj parado de Arrupe, la aceptación tremenda de lo que vivía en aquellos momentos. Y el futuro necesariamente optimista para cualquier creyente que de veras lo sea. Era la síntesis mística de toda una personalidad y de toda una vida, de un hombre de su tiempo y un hombre de Dios que es un paradigma para hoy. Entre sus últimos proyectos estaban la atención a los refugiados y los drogadictos. Murió convencido de que la fe no puede entenderse sin un compromiso por la liberación de los últimos y marginados de este mundo injusto. Creía en el futuro. Cuando al gran Miguel Ángel se le preguntó por qué había esculpido tan joven a la Virgen María en su obra cumbre, La Pietá, respondió: «Las personas apasionadas por Dios no envejecen nunca». Quizás por eso Arrupe tuvo siempre una apariencia, una voz y un estilo enormemente juveniles.

El político Giulio Andreotti habló del «triumfo del padre Arrupe», comparándolo a San Ignacio y San Felipe Neri.³⁶ Durante la homilía de su funeral, que concelebraron 350 sacerdotes, el Padre Kolvenbach, emocionado y vibrante, tejió los méritos del *Magnificat* del padre Arrupe. «Ni las incomprendiones, ni las críticas le doblegaron en su afán por la justicia, por el servicio a los pobres, especialmente cuando falsas interpretaciones originaron abusos de sus directrices. Nadie ha podido criticar jamás el esfuerzo generoso que animaba su empeño. ¿A dónde va la Compañía?, le preguntaban, y Arrupe respondía con sencillez desarmante: «Adonde Dios la lleva». Confianza absoluta, gozosa en el Señor, esperanza ante el Crucificado cargado con su cruz terrible, que le rompió el cuerpo, pero nunca su ánimo».

Gracias a la difícil unión que consiguió sintetizar en su persona de libertad y fidelidad, carisma y profecía, Pedro Arrupe es además de un lúcido testigo del siglo xx, un profeta del siglo xxi, que nos anima a abrazar el presente y afrontar con optimismo el futuro: «Para el presente amén, para el futuro aleluya».

³⁶ Andreotti dijo refiriéndose a su muerte. «Sí, porque los cristianos de Roma celebran la muerte de sus santos como el triunfo o ascensión a la gloria y lo que he vivido estos días desde la muerte del padre Arrupe me ha recordado tantas páginas maravillosas de la historia de Roma, desde sus mártires a sus santos, como la muerte de Gregorio Magno o de San Felipe Neri y su amigo fraterno, San Ignacio: por su participación popular, por la conciencia vivísima de estar ante un santo que ha dejado una estela para el futuro de la humanidad».

